

I FESTIVAL ATLÁNTICO DEL GÉNERO NEGRO

PRIMER CONCURSO DE RELATO CORTO “AGAPEA Ayudante Detective”

El Crimen de Sedamor

ZACARÍAS Quintana

Zacarías Quintana es un periodista de raza, un “juntaletras” de la vieja escuela que nunca quiso aceptar la revolución informática que ya acecha a una profesión que él comenzó a desarrollar cuando solo tenía 14 años. Durante más de medio siglo ha sido en contra de mi voluntad el cronista oficial de Sedamor. Todos sufrimos de una u otra manera el peso real de sus desenfocos informativos. Zacarías es un reportero de lápiz y papel... Un tipo que siempre carga con una libretilla y una pluma de tinta china azul en el bolsillo derecho de una chaqueta de pana gris que ha perdido su brillo por un uso cansino. Solo cuando el termómetro sobrepasa los 30 grados centígrados sustituye esa prenda por una rebeca color mostaza que anuncia su presencia con cierta antelación. Sí. Zacarías es un hombre de manga larga.

Mi nombre es Fulgencio Ribas y no sé con exactitud los años que llevo ocupando la alcaldía de Sedamor. En realidad, no tengo conciencia de haber salido jamás de este despacho. Mi padre lució el cargo de primer edil durante diez legislaturas y yo le gané las elecciones a mi primo Esteban Ribas, un anarquista con malas pulgas que rechazaba todo lo que tenía que ver con nuestro amado señor, hace 30 meses. ¡Qué rápido pasa el tiempo! Este bolchevique de redacción me la tiene jurada desde el día que su hermano, Marcial Quintana, me disputó el bastón de mando en un sufragio que fue investigado sin éxito por una comisión electoral. ¿Qué tipo de fraude podía existir en computar para nuestra causa el voto de un difunto que siempre expresó sus simpatías por el partido que presido desde hace cuatro décadas por expreso deseo de mi padre?

Zacarías nunca perdonó mi capacidad para convencer a los sedameños. En cuanto veía una oportunidad; ¡zas!, me pegaba un zurriagazo en el panfleto comarcal.

Hace seis semanas, sin ir más lejos, puso en duda en una de sus corrosivas opiniones un certamen de belleza que casualmente ganó mi pequeña Inés; la cuarta de mis hijas. El único pecado que cometió esa criatura fue conquistar la misma corona que en el pasado habían lucido Vitorina, Juana y Modesta; las tres honraron el apellido Ribas antes de que este desgraciado me la volviera a jugar.

“INÉS RIBAS, RAMERA MAYOR DE SEDAMOR”

Ese fue el titular que me sacó de mis casillas; unos caracteres en mayúsculas e igual de negros que el carbón me incitaron a arrancarle la cabeza a este hijo de Satanás. No sé si me dolió más que especulara con un posible pucherazo o la aflicción de un padre que tiene que leer en primera plana que su hija es una pelandusca. ¡Me hierva la sangre cada vez que veo esa portada! Zacarías Quintana culminó su ruindad con un pie de foto en el que me declaraba la guerra: “Nuestro alcalde ya tiene a ‘otra’ reina en casa”, escribió el muy cafre. Durante un mes no tuve noticias de él. Ni un solo vecino se cruzó con este liante hasta que un día decidió regresar a la actividad, quizás, porque ya se sentía perdonado, con una crónica madrugadora que se titulaba “El crimen de Sedamor”.

El suceso que a continuación les voy a relatar es tan verídico como la condición de buscona que el “plumilla” deslizó la mañana que siguió al acto central de las fiestas en honor a San Fredegando. Trataré de contarlo con la misma vehemencia que irradiaba él al llegar a este calabozo de la Guardia Nacional para dormir una de sus habituales borracheras. No estaba aquí en calidad de arrestado, solo reponía fuerzas tras una agotadora investigación crepuscular. Así construyó Zacarías Quintana una

noticia que a punto estuvo de costarle una destitución fulminante al padre don Ruperto Millás; un macabro asesinato en el que estaba implicado el bajo clero.

Zacarías Quintana tiene el olfato y la habilidad de los ratones que son capaces de sustraer un trozo de queso de una trampa sin caer en ella; su nariz respingona detecta un buen vino mucho antes de jugar con él en su paladar en la fase previa a impulsarlo al interior de la garganta. Este borrachuzo presume de su buen gusto para cazar las virtudes de un Tintilla; sabe distinguir los destrozos que puede ocasionar una uva sin madurar y está al tanto de las diarreas asociadas por un uso desproporcionado de los sulfatos. La crítica gastronómica es otro de sus paradigmas periodísticos y la hostería de Franco el lugar perfecto para experimentar con succulentas degustaciones que nunca van acompañadas de una factura. Carnes, pescados, verduras y otros manjares llenan dos o tres veces por semana la barriga de este mal nacido.

El único inconveniente, sobre todo los días en los que me había avergonzado en uno de sus artículos, es que para llegar a la hostería tenía que atravesar el largo de la fachada del consistorio. Me pasaba horas apoyado en el descansillo de la ventana para darle un grito en cuanto detectara su presencia, pero él sabía que le esperaba y permanecía agazapado hasta que me alejaba de la cristalera para atender una llamada telefónica, firmar unos papeles o cuando me quedaba embobado con el canalillo de la Vicenta, una secretaria con unos pechos de la talla cien que me ponían enfermo. Entonces él pegaba su culo a la pared y corría como un becerro desbocado hasta “Casa Franco”.

La tarde-noche en la que ocurrió este desgraciado suceso yo me había desplazado a

Fuentes Negras a velar a un difunto. Soy consciente de que si hubiera estado de guardia en el ayuntamiento esta historia nunca se habría contado, pero Zacarías Quintana es un animal obstinado, uno de esos tipos que llegan hasta el final en cuanto se les graba una idea en su sesera. Él fue testigo de un homicidio, y así se lo contó a sus lectores.

Media portada y dos páginas interiores, la impar con un faldón en el que se publicitaba el negocio regentado por Hipólito Contreras con un mensaje que daba repelús leerlo: “Funeraria El Último Deseo, convertimos tu muerte en algo inolvidable”, dedicó el cronista a un incidente que traspasó las fronteras de Sedamor. Nadie en su sano juicio habría escrito ni una sola renglón sin conocer antes el resultado de la autopsia, pero la desvergüenza de este canalla no tiene límites y su imaginación es inagotable. Lo peor es que casi siempre dispara contra el mismo. Sí. Lo han adivinado. El fiambre de esta gran primicia era yo.

“ASESINAN A FULGENCIO RIBAS EN LA HOSTERÍA DE FRANCO”

A Zacarías Quintana se le había sublevado el estómago por culpa de los efluvios de un escaldón apreciables dos transversales antes de acceder al local en el que se reunían todos los días ex militares, políticos y amantes del buen yantar... A pesar de la fama que tenían la gran mayoría de las cocineras del pueblo, nadie era capaz de preparar una cazuela como Manuela Ribas, hermana, mujer de Franco y la ganadora de cinco de las diez ediciones del concurso gastronómico de Sedamor. Las otras cinco, casualmente, fueron dominadas por Belarmina Chamorro, mi santa esposa.

El periodista desconfiaba de casi todos los lugareños cuando montaba algún lío. Solo

Pancraccio Linares, un hombre de frases escuetas y amante de la bebida, ejercía de buen samaritano las veces que este charlatán quería degustar un succulento menú sin ser visto por la clientela de Franco. Entonces Pancraccio y Zacarías pactaban una alianza que se materializaba en los patios traseros. Lo complicado era llegar al huerto contiguo a la hostería pero, una vez allí, había que tentar a la suerte para ver si entre los tertulianos se encontraba su leal escudero. “Pancraccio, Pancraccio, Pancracciooo...”, gritaba este rufián.

Pancraccio asomó su rostro inexpresivo entre una espesa buganvilla y acató las órdenes del corresponsal. Y es que casi sin que Zacarías le dijera nada se bajó del parapeto y accedió a la cocina por la puerta trasera. Cinco minutos después, no más, regresó al patio con una cuarta de vino pisado en un lagar de La Colmena y un lebrillo de gofio en el que sobresalían unos generosos trozos de panceta y dos mendrugos de pan de leña.

Este lengua de trapo devoraba las raciones con la misma ansiedad con la que un chucho en celo se cepilla a una perra sumisa; Zacarías Quintana engullía las cucharas de rancho, garbanzas o las natillas de galletas María hasta caer en un estado catatónico y quedar empapado de un sudor frío que en ocasiones le hacía perder la conciencia. Él lo llamaba “la siesta del buen comensal”, pero yo creo que esos vahídos eran cortes de digestión en toda regla de los que los que se recuperaba sin recordar las causas que los provocaron...

La noche en el que tuvo lugar mi supuesto asesinato Zacarías Quintana se despertó por el estruendo de un disparo y unos gritos que no logró identificar al cien por cien.

Atontado por los efectos de un mojo de cilantro que dejó un ligero resquemor en sus encías, el gacetillero prefirió escuchar agazapado tras la tapia al percibir que una de las cabezas de un sicario sobresalía parcialmente sobre este...

—El Fulgencio ya está muerto —escuchó cuando había recuperado el tino—. Este cerdo no causará más guarradas. ¡Fulgencio es historia!

Sin tener la posibilidad de ver el careto del sacrificado, Zacarías Quintana escribió que en el lugar de autos eran reconocibles las voces de Hipólito Contreras, el funerario, la de Anselmo Figueroa, un ex cabo de la Legión de carácter enrevesado, y don Ruperto Millás, el párroco octogenario con plaza fija en Sedamor desde hace 53 años.

Zacarías Quintana tuvo claro desde el primer instante que un contubernio de este calado no podía dejar de aparecer en la próxima edición de “El Mañanero”. Estoy seguro que lo que menos sentía era mi muerte. Su gran primicia giraba en torno a la implicación de un religioso, un antiguo combatiente en África y un enterrador en el violento adiós del alcalde, una idea que reforzó con la presencia en la finca de al lado de Ernesto Plasencia, un alguacil interino del registro de Sedamor y otros seis caseríos —¿Algo habrá que hacer? —reveló Hipólito a sus cómplices a media voz—. No podemos dejar que la Guardia Nacional nos vea trasladando al Fulgencio hasta el horno.

En esas dos frases se concentró la certeza de un delito que el propio Zacarías ratificó en cuanto se aseguró que el patio había quedado desierto. Cuando el silencio se

apoderó del cercado el reportero fue testigo de la existencia de un cadáver cubierto por una sábana ensangrentada. En el tercer párrafo describió la estampa con una lírica llena de acidez. “El alcalde yacía en posición decúbito supino mientras un tenue hilo de sangre huía en dirección al sumidero”, desveló sin que me quedara claro cómo demonios pudo ver la colocación exacta del cuerpo si este estaba tapado.

Pancracio Linares introdujo más leña a esta disparatada necrológica con una conversación entre besugos que se pudo desarrollar en estos términos:

—¿Han matado al Fulgencio? —preguntó el periodista.

—Sí, —respondió su aliado sin titubeos—. Le han pegado un tiro en la frente; don Ruperto exculpó sus cochinadas con un disparo certero entre ceja y ceja...

—¿El cura le pegó el tiro al Fulgencio? —quise confirmar ante la gravedad del asunto.

Aunque no lo pueda confesar en público, yo podría perdonar que este difamador errara a la hora de escribir que la romera mayor de las fiestas de San Fredegando no era mucho más que una ramera. Incluso no le tendría en cuenta una información sobre un presunto pelletazo urbanístico que se habría auspiciado desde la alcaldía con la recalificación de unos huertos rústicos del abuelo Genaro Ribas, pero lo que era imperdonable es que me hubiera enterrado sin merecerlo. Yo, que vivía en un sin vivir en mí por la condena de no haber tenido un varón al que entregarle mi puesto de primer regidor, asesinado por el loco que ahora no para de roncar a mi vera.

Zacarías dio cuenta en la sección de sucesos de “El Mañanero” de que el asesinato se

había cometido en torno a las nueve y cuarto de la noche, pero que el cadáver no se trasladó desde la hostería de Franco al crematorio hasta la medianoche en un coche fúnebre que él mismo retrató en una instantánea desenfocada tomada con una Pentax MX que fue a buscar a su casa aprovechando unos minutos de calma chicha en los alrededores del callejón del Alzamiento. En la polémica imagen se distinguía sin género de dudas la anciana silueta de don Ruperto, quien dirigía las maniobras con una escopeta de caza cruzada sobre su espalda, y a tres de los cuatro porteadores que, según Buendía, metieron los restos de Fulgencio Ribas por el portón trasero de un Seat 1500. Hipólito Contreras, Anselmo Figueroa y Ernesto Plasencia no se percataron del robado que acababan de sufrir hasta que vieron sus rostros descompuestos en una primera página que se montó a contrarreloj sobre el cierre de esta maldita edición.

El autor del atentado periodístico huyó del lugar mucho antes de que se pudiera aclarar lo ocurrido. Con unos dedos sedientos de notoriedad y una inventiva prodigiosa, Zacarías dio forma en 35 minutos a una noticia que acabó siendo un gran embuste.

En cuanto Zacarías Quintana redactó mi asesinato, acompañado, por supuesto, de una esquela que el muy cabrito pagó sin rechistar, celebró el vacío de poder que se había originado en Sedamor con una botella de tres cuartas de Moet & Chandon que guardaba en un frigorífico de la delegación de “El Mañanero” para enmarcar una cita especial. Luego, agarró una bandera de la Segunda República y salió a la calle victorioso. No logró llegar a la Plaza Mayor. La emoción y, sobre todo, la temprana

efervescencia del champagne que se bebió a mi salud lo dejaron casi desfallecido tres portones antes de llegar al cuartel de la Guardia Nacional.

Mientras dormía la mona en el calabozo se desenredó este sanguinario crimen. Sí. El cadáver que vio este alcahuete era el de Fulgencio, pero no el Fulgencio Ribas que él había matado. El Fulgencio cubierto por la sábana enrojecida por la hemoglobina pesaba unos 200 kilos, había nacido en la piara de Las Carboneras y debía ser el regalo de mi 62 cumpleaños. El padre don Ruperto le pegó un cartuchazo entre ceja y ceja y sus encubridores varios machetazos en la panza para que se desangrara antes de llevarlo a casa de Ismael, el carnicero del pueblo, quien a la hora en el que se produjo el incidente velaba a un muerto a mi lado. Los “asesinos” cometieron la torpeza de trasladar el cadáver hasta el asadero en un coche funerario. Sí. Pero no menos torpe fue el tipejo que bautizó a un cerdo con el nombre de Fulgencio. A ese iluminado habría que encerrarlo en este calabozo de por vida por cabronazo.

Moraleja: Aunque todos manchen sus manos con sangre, no es lo mismo un asesino sanguinario que unos cuantos vecinos que se comportan como unas malas bestias en una matanza. No puede existir margen para el error, ni siquiera cuando las dos víctimas se llaman Fulgencio.